

Las adicciones: un problema de todos

Conferencia de **Fernando Cervera, sj**

Magíster en Psicoanálisis.

Licenciado en Filosofía y en Teología.

Asesor en prevención de adicciones del Consejo de Educación Católica y de la Junta de Educación Católica para la aplicación del programa del Episcopado Nacional sobre prevención de adicciones en las escuelas.

*Este trabajo fue preparado por el Mgter. Fernando Cervera en base a su conferencia pronunciada en el marco de la presentación del 22º número de la revista científica *Diálogos Pedagógicos* el día 5 de diciembre de 2013.*

En su presentación, Cervera ofrece una lectura de qué son las adicciones y qué nos interesa cuestionarnos acerca de ellas.

Ante una sociedad que en lugar de favorecer la construcción de individuos, ofrece modelos que inducen a la dispersión y a la práctica de conductas adictivas, es esencial la tarea de prevención, a través de la educación formal e informal. Pero, destaca Cervera que toda tarea concreta de prevención debe estar precedida por una presentación del gusto y valor de la vida, de una transmisión de la experiencia, cultura y pensamiento y de un sostenimiento de las reglas que nos contienen en la aventura de vivir.

El trabajo preventivo nos involucra a todos, estemos o no en la enfermedad, en cuanto que debe apuntar a una verdadera conversión: del jugar con la muerte, al amor a la vida.

Agradezco esta posibilidad, y ante todo el interés que la Universidad Católica de Córdoba, y especialmente, la Facultad de Educación, manifiestan al abrir este espacio de reflexión que intentaré desarrollar en esta conferencia.

Agradezco especialmente a la Lic. Olga Bonetti, decana de esta Facultad, a las docentes y miembros del equipo que lleva adelante esta casa de estudios, y a todos aquellos con los cuales estamos elaborando el proyecto de la Diplomatura en Prevención de Adicciones para el ámbito educativo.

Cuando digo *adicciones*, en esta conferencia me refiero acerca de todo un modo de pensar y actuar en la vida diaria que resumiré como "prácticas adictivas" o "adicciones en general". No solo para evitar engorrosas explicaciones y diferencias técnicas, muchas de ellas conocidas, sino porque pretendo ir a ciertos aspectos que creo poco tratados.

Son los aspectos que justamente implican a todos, como refiere nuestro título. Los que padecen adicciones y los que no, pero que por convivir en esta sociedad proadictiva necesariamente nos vemos afectados.

Las variables y dimensiones que abarca esta temática son múltiples y confluyentes. Trataré algunas que considero de fondo, en la perspectiva abarcativa de lo personal, familiar y social. ¿Para qué? Para realizar el ejercicio de constatar y dejarnos preguntar o animar, según quepa a cada uno considerar.

Es un hecho que las adicciones aparecen a través de múltiples objetos y actividades, en todos los sectores y franjas etarias (la edad de inicio promedio de consumo de sustancias y las prácticas adictivas que se ven con el uso de las tecnologías son de preadolescencia o menos, en algunos sectores marginales).¹

¹ En febrero del 2013, el diario *La Voz del Interior* publicó el artículo "Los jóvenes y las adicciones. ¿A quién le echamos la culpa?" En el mismo, se mencionan los resultados de una encuesta sobre adicciones, realizada en 2012, por un grupo de profesionales del Observatorio Provincial de Conductas Adictivas, entre 1.355 alumnos de 6to grado de 19 escuelas provinciales. Las cifras que arroja la encuesta son alarmantes. Muestra el acceso más temprano que tienen los jóvenes a las sustancias psicoactivas, e indica que de los 1.355 alumnos encuestados, uno de cada tres (casi el 30%) probó, por curiosidad, alguna bebida alcohólica en el último año, mientras que el 12,3% tomó alcohol en los 30 días anteriores a la consulta. "Cuando ese niño, de 11 años, pasa a la adolescencia el consumo aumenta seis veces más". Pero no solo estos datos llaman la atención; la encuesta muestra, además, que el 14% consumió tabaco; a uno de cada 10 chicos ya le ofrecieron marihuana, y un 2.5 la probó alguna vez. Respecto de la tolerancia o censura hacia quienes toman de más, sobresale el hecho de que no hubo diferencias en esta percepción entre varones y mujeres. Ello indica "un cambio en el patrón social que

El tema sigue presente siempre en las noticias y opiniones, desde múltiples miradas y lenguajes; es difícil encontrar un ámbito del quehacer social, y de la vida de los seres humanos, donde no se manifieste una actitud o hecho vinculado al mundo de lo adictivo.

Sin habérselo propuesto, esta exposición programada desde hace tiempo queda en el medio de un sinnúmero de opiniones, discusiones, polémicas y noticias que en torno al tema droga se han venido suscitando en nuestra sociedad argentina y cordobesa. Reapareciendo una y otra vez, como un retorno fantasmal, de esa realidad insistente, a veces trillada, pero en definitiva poco asumida.



Mgter. Fernando Cervera, sj

Aparece permanentemente en las conversaciones y comentarios diarios, pero tememos hablar de ello con la profundidad que merece, como si al hacerlo fuéramos a meter la mano en un río revuelto, indómito, imparabile.

Pero el fenómeno tiende a reaparecer, está siempre ahí, y por negarnos a encararlo aparece con más fuerza, le negamos su lugar y se nos infiltra. La noticia inesperada de un familiar que consume sustancias, o se encuentra enredado en prácticas de juego o cibersexo; el alumno del que nos enteramos que fuma marihuana o el descontrol alcohólico del fin de semana de los "tan buenos alumnos". Un famoso mediático que muere por sobredosis o a consecuencia de los excesos; una noticia policial resonante.

Es la paradoja de lo *a-dicto*, lo *no-dicho*, lo que no se quiere ver o *afrentar*, que reaparece como uno de los tantos eternos retornos circulares con que los seres humanos creemos poder sobrevivir.

antes censuraba más a las mujeres que se alcoholizaban". Ante la oferta de bebida alcohólica, la mayoría (24%) aseguró que no aceptaría, el 43% trataría de convencer a los demás de que no tomen, el 3.5% aceptaría el trago, mientras que el 6% recibiría el vaso, pero no lo bebería.

"Padre, lo llamamos para que nos dé una charla sobre este tema...", como ya la di hace un tiempo, y "para lo mismo repetir mañana" -si se me permite parafrasear a Lope de Vega- pero con la dificultad que los protagonistas que hacen el pedido no terminan de asumir el desafío que a ellos les compete.

Los pedidos surgen espasmódicos cuando se nos cae el velo que tanto nos habíamos empeñado en volver a correr sobre el escenario: en la escuela es frecuente escuchar el *no es para tanto...*, *este es un tema de otros ámbitos más complejos...*, *hay algo pero no mucho...*, *aquí hemos hecho muchos talleres y hemos escuchado testimonios...*

«Todo lo que en el funcionamiento diario signifique continuidad, previsibilidad, normalidad (...) encuentra en las adicciones interrupción y discontinuidad permanente.»

En las esferas de decisiones públicas resuena algo similar: *están mal informados...*, *es un armado de los medios...*, *la situación está controlada...*, *los índices no son tan altos...*

Vemos azorados cómo este fenómeno está presente en el mundo político, económico, y jurídico; tiene implicancias con las búsquedas espirituales y religiosas de la humanidad; es un ariete permanente para la salud pública y las ciencias de la salud. Se presenta en las esquinas y lugares de diversión; la virtualidad de las comunicaciones y la tecnología se ha transformado en uno de sus canales favoritos; se presenta irrumpiendo en las familias, desde lo abusivo del uso evasivo de las tecnologías hasta el estallido del consumo de sustancias o problemas alimenticios con características compulsivas; las etnias y los modos culturales arraigados se ven invadidos por las modalidades grupales o de la masificación *on line*, que a modo de contracultura, entran por las rendijas del consumismo globalizado. Lo laboral se ve fuertemente afectado por esta problemática, y hace difícil el rendimientos y el compromiso con las tareas u obras; nuestro transitar en las calles se ve afectado no solo por los peligros de los excesos y la desatención de consumidores, sino porque muchas prácticas adictivas van ganando espacios en ella; y como es de pública discusión, la violencia sin dirección y la delincuencia sin códigos.

Todo lo que en el funcionamiento diario signifique continuidad, previsibilidad, normatividad operativa, atención, deliberación y definición, proceso sostenido hacia una meta, encuentra en las adicciones, en sus múltiples manifestaciones, interrupción y discontinuidad permanente. Ellas son un caprichoso modo

de vivir, inmanejable, y para muchos que quieren intervenir, amedrentador. Evidentemente nos afecta a todos, indirecta o directamente.

Pero yo les advierto contra la posibilidad de confundirse, y sobre todo, abrumarse. Lo importante es saber desde dónde cada uno debe plantearse su implicancia en este problema, desde dónde nos afecta. En primer lugar, para llegar a ese cometido, ofrezco una lectura acerca de qué son las adicciones y qué nos interesa cuestionarnos hoy acerca de ellas.

Adicciones ¿de qué hablamos?

Tony Anatrella, jesuita, psiquiatra y psicoanalista, habla de las adicciones, específicamente de las toxicomanías, como una de las *patologías de la interioridad*. Las cuales se deben

al hecho de que el individuo no sabe cómo alimentarse simbólicamente y no tiene modelo de identificación para construirse: podemos citar la bulimia, la anorexia, los trastornos de la concentración, las depresiones, las conductas sexuales adictivas, las pérdidas de deseo, etc. La toxicomanía se inscribe en este paisaje psicológico. (Anatrella, 1998, p. 120)

En efecto, las adicciones emergen donde algo debido y necesario está ausente. Ese "alimento simbólico" del que habla nuestro autor.

En la vivencia personal, familiar y social -incluyendo a la educación y el Estado- sentidos que algo nos falta, no porque no nos colma o no lo alcanzamos, o nos sentimos en deuda, sino porque carecemos de aspectos sin los cuales no terminamos de estructurarnos como seres que pueden esperar, en el sentido de esperanza, ni frustrarse en la espera.

Las adicciones no son tanto una respuesta a un vacío o dolor en sí mismos, sino la aparición sintomática de la incapacidad de soportarlos. Para soportar hay que poder esperar, confiar, y sentirse acompañado. Algunas personas soportan desde el acompañamiento de lo divino; otras, desde una sabiduría de vida; la mayoría, porque alguien nos acompaña y a veces sostiene.

Es cierto, el consumo de drogas y algunas otras prácticas adictivas han existido siempre y en todas las sociedades, y su

utilización ha respondido a diversas y muy concretas finalidades: se ha empleado en ritos de iniciación de jóvenes, para facilitar el contacto con las divinidades, para garantizar la cohesión de un grupo con ocasión de determinadas fiestas, para preparar a los guerreros para la lucha...

En la sociedad occidental, la utilización de productos ilícitos era, sobre todo, cuestión de gente mayor y, a veces, correspondía a una búsqueda estética, o a la necesidad de protestar o rebelarse. A partir del final de los años cincuenta, la droga comenzó a ser consumida por jóvenes que querían vivir "un viaje interior" -lo que era también una forma de negarse a entrar en una sociedad que ellos contestaban por otra parte-.

Después, muy de prisa, se extendió y frivolisó entre los jóvenes, y no necesariamente entre quienes tenían problemas psíquicos, familiares o escolares. Su consumo *se ha hecho recreativo; se toma con la esperanza de tener un sentimiento de bienestar y de placer, de liberación y de aumento de las posibilidades*. Porque esas experiencias son logros, para los que los jóvenes tampoco se sienten impulsados o motivados sin estas prácticas.

En los sectores más desposeídos y marginales, el desamparo social alimenta -y no simbólicamente, por cierto- esa necesidad de sentir dentro y en el marco de una pertenencia, esa potencialidad que el propio medio no concede. Y que en la mayoría de los casos, se nutre también de violencia familiar de todo tipo y del sufrimiento de carencias básicas.

Frecuentemente comienza como objeto de una cierta curiosidad por parte de los jóvenes, a veces acompañada o alimentada por un cierto estado depresivo en general; quieren "ver qué pasa", no sentirse menos que otros que lo hacen o como fuerte signo de pertenencia a un grupo o estilo de vida. La escalada, que suele empezar de manera anodina, puede desembocar en una serie de disfunciones que van ocasionando diversas inhibiciones y una neutralización progresiva de las funciones esenciales de la vida psíquica y espiritual desde la regresión psicológica hasta la desocialización provocada por la dependencia.

Así, es frecuente entre los toxicómanos, por ejemplo, una cierta pasividad social, pero también una agresividad muy activa contra sí mismos y contra los demás. Por eso, en los casos extremos, la toxicomanía desemboca en la marginación, en el

ausentismo escolar o profesional y en la delincuencia. Quien padece de un desarrollo de esta patología, duda de sí mismo y de los demás y, consiguientemente, no solo no se atreve a efectuar una labor de introspección sobre sí mismo, sino que desconfía de quienes intentan ayudarlo.

«Las adicciones no son tanto una respuesta a un vacío o dolor en sí mismos, sino la aparición sintomática de la incapacidad de soportarlos.»

Con frecuencia, lo que le sucede le inspira temor, pero, al no ser capaz de verbalizar lo que siente, se limita a relaciones fusionales y primitivas, para las que no es necesario pasar por el lenguaje hablado; este mecanismo regresivo aumenta la angustia, a la vez que acostumbra, en una suerte de "pereza del ser", a entregarse a ella, como a una "magia" que tales productos o prácticas producirían.

Como ven, es necesario un abordaje personal y dialogal con cada persona afectada, para reconocer qué lugar y sentido cree ver en la rueda peligrosa y a veces fatal en la que está inmersa.

Hay, por otra parte, predisposiciones distintas y de distinto grado. En los factores de riesgo de cada personalidad están las causas primeras de esta problemática. Ciertamente, si todo dependiera de la sociedad, todos seríamos adictos y no es así. Pero ¿por qué hay cada vez más prácticas adictivas?

Precisamente, en aquellas incapacidades o déficit para procesar, soportar, esperar, no solo lo negativo o doloroso, sino las propias capacidades creativas y de disfrute, es donde entramos los adultos, la sociedad, pilares de la formación del talante propio de cada individuo.

La sociedad en todos sus ámbitos no es ajena a este mal, por complicidad u omisión, dado que en lugar de favorecer la construcción de individuos, los modelos que ofrece inducen a la dispersión y a la práctica de conductas adictivas que valoran el estado primario y evanescente de las pulsiones e inclinaciones.

Consumir es pertenecer

Paralelamente, nuestra sociedad actual, de fuerte signo inmediatista y consumista, propicia que *frente a la incapacidad personal para tolerar el dolor y la angustia se recurra al consumo de algún tipo de objeto*. Y ese objeto no tiene necesariamente

que ser la droga, ese objeto puede ser un coche nuevo, unas zapatillas de marca o una camiseta de moda.

Progresivamente, el avance del esparcimiento gestado desde lo comercial y el uso economicista de la tecnología comunicacional fueron quitándole significatividad comunitaria a los espacios públicos propios de la cultura mediterránea o latina en que vivimos. Se fueron disolviendo, privatizando, sobre todo los de diversión.

En el caso del consumo del alcohol, ello se ve claramente; se independizó del encuentro familiar y grupal -no totalmente por suerte- para ser el consumo expreso del mismo el motivo de una salida. Se busca un lugar donde tomar para sentir, la mayoría de las veces sin proponérselo, un efecto; como pasa en los que toman solos.

En la primera modalidad, podía haber o hay excesos, pero el encuentro hace que nos preguntemos qué pasa con fulano que está tomando tanto, y quizás da lugar a una contención. En la segunda, nos limitamos a tener que presenciar los efectos del consumo, casi como espectadores o interventores policiales o de emergencias (peleas, intoxicaciones agudas, etc.).

Apliquemos este ejemplo a otros tipos de prácticas y consumos, y tendremos un pequeño esbozo impresionista del cuadro de situación actual.

Esta cierta privatización -también en el sentido de lo privativo- de lo público, de lo comunitario trastocó formas de vida de la sociedad. La *identidad* de una familia o de una comunidad no necesariamente se va estructurando en función de los valores, costumbres, etc. Sino que empiezan a diferenciarse unas de otras *en función de las cosas que pueden consumir*, de las cosas que pueden comprar. *Hay una presión hacia el "consumir para pertenecer"*.

«La sociedad (...) en lugar de favorecer a la construcción de individuos ofrece modelos que inducen a la dispersión y a la práctica de conductas adictivas.»

¿No lo vemos acaso también en los desbordes sociales?

Estamos teniendo, a propósito, esta conferencia al día siguiente de los saqueos que conmocionaron a esta ciudad y al país, de los cuales podemos decir que, prescindiendo de los variados análisis y especulaciones o certezas, y en lo que aquí nos concierne, tuvieron su signo de manifestación en el apro-

piarse de objetos de consumo. La disconformidad, el oportunismo o la delincuencia programada se significaron en el arrebato de objetos suntuosos y no de primera necesidad. Los mismos objetos que impulsan ansiosamente a la clase media a poseerlos, como signo fantaseado del progreso.

Las tensiones económicas en las familias y parejas están en gran parte influenciadas por estas presiones de estándar de consumo. Por lo general, en series televisivas para niños y adolescentes, aparecen modelos raciales más determinados por su condición socio-económica alta, que aumenta las ansiedades identificatorias ligadas al tener, además de imponer modas.

Vemos como los adolescentes y preadolescentes de distintos sectores socio-económicos, para poder sentirse uno más en su escuela deben tener las últimas botas, útiles, viajes, celulares, etc. etc., que salieron en su serie favorita o en las publicidades sin importar el precio que haya que pagar. Tampoco el precio de la droga a consumir en medios marginales para pertenecer a la banda del barrio. Claro que el segundo tiene muchos más riesgos que la primera; pero ambos están en el mismo tren consumista.

Estas presiones encuentran en los medios tecnológicos de comunicación una forma privilegiada de crear lo privativo por sobre lo comunitario, incluido lo familiar. Los individuos conectados *on line* se desconectan -por contrapartida- frecuentemente del encuentro social e íntimo con los otros, pero además absorben la modalidad de procurarse virtualmente sin posibilidades de frustración ni intervenciones cuestionadoras.

Hace cien años una familia se reunía frente a un fuego, el mate o la comida. Más adelante, frente a una radio, luego frente a una televisión, ahora en el anonimato de las computadoras, celulares y otros. Es difícil hablarse, mirarse, conocerse. El irónico mensaje publicitario, sin embargo, nos bombardea con imágenes de gente que la pasa bien en comunidad alrededor de algún objeto que debemos comprar.

En verdad, como vemos, todo es más accesible en la sociedad de consumo legal o ilegal, y la ausencia de ideales no hace sino facilitar su circulación como supuestos facilitadores de vivencias instantáneas. Contribuimos considerablemente a banalizar la adicción, más allá de los sustos y preocupaciones. Quien se entrega a estas prácticas lo hace, en gran parte, allí

donde los adultos ya hemos entregado nuestras generaciones siguientes a la sociedad de consumo.²

Los adolescentes, que no tienen todavía una personalidad afirmada, dependen de la opinión dominante del grupo y tienen tendencia a conformarse con él. Si la mayor parte de los miembros del grupo de una salida "fuman", ¿por qué no probar? ¿No se dice que hay que experimentar todo para no quedar como un tonto, como un *nerd*? En el caso del alcohol y las drogas, la mayor parte de los adolescentes comienzan así y paran, porque no experimentan nada particularmente interesante.

Pero otros continúan, le toman gusto a este ambiente difuso que les da la impresión de que así se comunican más fácilmente con los demás. Pero este supuesto logro relacional no dura. El producto hace desaparecer simplemente inhibiciones, o mantiene despierto durante largas horas al sujeto que consume, pero no favorece ningún progreso durable y no desarrolla competencias inéditas en la personalidad. Los individuos están en un ambiente mezclado de fusión, de exuberancia y de una pseudo inquietud en el que las tensiones internas parecen desaparecer; reanudan, como consecuencia, sus relaciones cotidianas y las limitaciones de la realidad, con más dificultad a veces. Antes tenían un problema para relacionarse o divertirse, ahora tienen dos.

Un recurso tramposo

A partir de aquí la droga y otros objetos adictivos pueden convertirse en un recurso habitual para quienes piensan que lo que no consiguen vivir, hacer, asumir, va a reali-

² Sigue diciendo el artículo citado de *La Voz del Interior*: "¿Y la familia? Por ser una etapa de alta vulnerabilidad, la familia aparece como figura fundamental en la contención afectiva a esa edad para adaptarse a los cambios de la pre adolescencia. Según la encuesta, las familias de 7 de cada 10 niños están 'siempre disponibles', dos de cada 10 chicos manifiestan que carecen de ese apoyo, ya probaron alcohol. En la contención familiar aparece la madre ocupando el lugar preponderante, es el referente en la mitad de los casos. En tanto que sólo el 12 % de los chicos acude al padre ante un problema importante. El 7% de los chicos no habla con nadie ante un conflicto, y los amigos, por su parte, ocupan el segundo lugar con un rol incluso más relevante que el padre con un casi 14%. El 20% de los niños perciben al consumo de alcohol como algo permitido en sus familias, ya sea por vía de 'distracción' o por considerar gracioso que una persona se emborrache en una reunión familiar".

zarse por sí mismo gracias a la elección del producto. Se disfraza de placer que se obtiene sin necesidad de otro, hecho a medida de las propias tendencias mudas de las sensaciones (lo que se ve más claramente aun en las prácticas adictivas del cyber sexo).



Recibieron al Mgter. Cervera autoridades y docentes de la Facultad de Educación y miembros del staff de Diálogos Pedagógicos

En las formas adictivas de la anorexia y la bulimia, la práctica intenta en cambio recomponer un dolor que vacía: el del nuevo cuerpo adulto y su sexualidad en desarrollo. En el uso ansioso e imparable de las tecnologías, probablemente la evitación del esfuerzo que significa tomarse tiempo para divertirse o comunicarse, sentirse hacedores de cualquier cosa que se pueda decir o prosumir en la virtualidad, sin contacto físico con el otro.

En el juego se busca el placer de la alerta, del desafío adrenalínico al destino, en un segundo se puede ser millonario o perder todo.

Viven según la idea de que no hay límite, que les deja suponer que todo es posible, lo que corresponde bien a las tendencias evasivas de la psicología juvenil. Cada vez más jóvenes consumen droga y la comercializan. Circula en las escuelas y en las ciudades ante la mirada impotente y silenciosa de los educadores superados por el fenómeno y descorazonados antes incluso de intervenir.

Se crea así la base para desarrollar una dependencia más difícil de desarraigar, entre otras cosas, porque se va armando una necesidad cada vez más imperiosa o inamovible de procurársela.

Resumiendo, en esta falta de parámetros y sobre estimación del consumo de remedios mágicos para la vida, algunos jóvenes recurren a las adicciones ante el dolor incontenible de problemas, psíquicos o "concretos", mientras que otros, que no tienen dificultades particulares al comienzo, acaban por desarrollar disfuncionamientos psíquicos después de haber usado productos. Un fenómeno tanto más rápido cuanto que la organización psíquica de estas personalidades es frágil y está insuficientemente apuntalada.

Por el contrario, jóvenes capaces de encontrar recursos en el interior de ellos mismos y en su entorno cultural, y capaces de asumir sus frustraciones, no tienen apetencia particular por la droga.³

¿Desarrolla la educación -tanto familiar como institucional- actuales habilidades para conocerse, para pensar la vida propia y los proyectos; se propicia igualmente la capacidad de un mayor control y renuncia interior para alcanzar otras metas? ¿Propiciamos igualmente el saber evaluar las consecuencias de los propios actos a largo plazo?

«La identidad de una familia o de una comunidad no necesariamente se va estructurando en función de los valores (...) sino que se diferencian en función de las cosas que pueden consumir, de las cosas que pueden comprar.»

Volver a la interioridad socializante

Nos angustia ciertamente, ver el modo acelerado y destructivo con que este "embrujo" de las adicciones fascina, aparentemente, a quienes están en el nudo de tales prácticas adictivas. Y nos enfrenta a nuestra propia impotencia. La misma impotencia de quienes las sufren: no lo planean, les "sucede", salió, "ya fue" como dice el lenguaje coloquial.

³ Un estudio realizado por Marcela Lucchese, en el marco de la tesis doctoral en Ciencias de la Salud (UNC) "Consumo de sustancias y escuela: Un estudio en adolescentes escolarizados de Córdoba", del que participaron M. S. Burrone y J. E. Enders, afirma que el nivel de exigencia de una escuela fue el protector por excelencia frente al consumo.

El diario *La Voz del Interior*, en su edición del 15 de octubre de 2013, entrevistó a Lucchese, quien, entre otras cosas, señala que "cuando se habla de drogadicción en la escuela, muchas veces se apunta al joven. Qué consumió, cómo y dónde. Pero nosotros sostenemos que se trata de una construcción social. Por decisión u omisión, hay una escuela que avala, padres que descuidan y un Estado que no se ocupa del tema ... El consumo disminuye en aquellos estudiantes que perciben que su escuela les exige mucho. Esto tiene que ver con la cuestión académica, es decir, con lo que estudian. Y la disciplinaria. Cuando la institución tiene reglas claras ayuda muchísimo".

A través del análisis estadístico de los datos de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico (SEDRONAR), más el trabajo de campo, la investigación detectó cuatro protectores fuertes: el nivel de exigencia de una escuela, la organización institucional, el sentido de pertenencia del estudiante y la participación de los padres. A su vez, encontró diferencias sustantivas en el consumo de acuerdo al tipo de escuela: el consumo aumenta en colegios de turno tarde (en comparación con los de la mañana), de gestión pública (en comparación con privadas), y cuando se dispone de dinero en efectivo.

Aquí se da un giro más al por qué de la premisa de que este es "un *problema de todos*". ¿Es la impotencia lo que nos une e identifica al abordar esta problemática? Para la filosofía de los grupos de autoayuda, pioneros en el tratamiento grupal del alcoholismo y otros, este sería un gran comienzo.

Este es el punto de partida con el que los invito a pensar el lugar y el modo de posicionarnos y el de las acciones posibles.

Ciertamente, el rendimiento y la intensidad de potencia se confunden hoy con la vitalidad; y las adicciones son una desmentida, son un grito desesperado: ¡no puedo conmigo mismo!

Es bueno sentir en nosotros ese grito de impotencia, a la vez que caer en la cuenta de las múltiples formas de auto lastima y auto lastimarnos que tenemos, de compensar, huir, y engañarnos; es decir, de actuar al igual que los adictos que nos molestan o inquietan.

Es en este desafío de reconocimiento mutuo de la impotencia o vulnerabilidad (prefiero no llamarlo fragilidad...) donde podemos avanzar hacia una mejor comprensión.

Com-prehender, y no seguridades teóricas, que son un tanto inseguras. *Com-prehender* y no reaccionar impulsivamente, o como fruto de los miedos y prejuicios.

Comprender tiene dos polaridades, no reducibles entre sí: comprenderse a sí mismo y comprender al otro. Si comprendo la propia impotencia y las experiencias desde las que fui prevenido o rescatado; si comprendo mis rebeliones y terquedades, mis heridas y, como veremos, resentimientos, si valoro -que es otra manera de comprender- los caminos y formas en que gusté y gusto la vida, con que afronto las dificultades y vivo las carencias, podré entonces comprender y acompañar, sostener con firmeza y ternura -como suele recalcar el papa Francisco-, animarme a ser un guía, más que un ejemplo.

Com-prehender es también entonces abarcar al otro, no porque es débil, sino porque todos tenemos la fundante necesidad de ser abarcados, comprendidos. La actitud comprensiva llega entonces al otro. Es cierto que debemos partir de su realidad si se trata de acompañar, pero la base y cimiento desde la cual lo hacemos es nuestro propio ser.

No hay construcción subjetiva sin los demás que me preceden, no la habrá para los que me siguen. Y esto no solo vale

para los vínculos familiares, sino para todo acercamiento a la realidad íntima del otro desde cualquier ámbito.

Así, por ejemplo, en la etapa bisagra y especialmente vulnerable de la adolescencia. La pregunta del adolescente es ¿vale la pena vivir? ¿Se puede amar? ¿Vale la pena apostar a un futuro? La adolescencia enfrenta la aventura de construir la identidad propia, para eso no se puede partir de cero, hay que *tener rumbos, y ver la experiencia de otros que creen en ese rumbo*. Se tiene que haber vivido la confianza en sí mismo, la confianza que da alguien que le dice que se puede, y lo dice con sus gestos de amor sostenido, con la lucha ineludible por marchar hacia adelante. Ese adolescente se siente abarcado en la vida, abrazado e invitado, o sea com-prehendido.

Empezamos a ver dónde puede asentarse nuestra posibilidad de promoción de actitudes sanas, cualquiera sea el ámbito donde nos desempeñamos o relacionamos con niños y jóvenes sobre todo, pero sin excluir a adultos pares que también viven esta in-comprehensión.

El lugar que les propongo es el de asumir y desplegar nuestra adultez. Ser adultos que com-prehenden porque lo propio del adulto es abarcar e invitar, marchar hacia adelante, sostener el rumbo.

Advertí más arriba del peligro de abrumarse, por eso aunque la tarea es muy variada, quisiera puntualizar algunos aspectos medulares, creo, de este ser adultos al que estas realidades nos desafían.

Una primera tarea fundamental es la de *presentar la vida*. Necesitamos aprender a representarnos en nuestro interior, las referencias simbólicas que nos orientan, que nos dan un horizonte, que nos permiten afirmarnos para caminar. Pero eso nos lo tienen que presentar. Alguien nos tiene que mostrar que la vida que estamos compartiendo es buena y bella, que soy valioso y querido, y esto con gestos y actitudes constantes. Que además soy cuidado e invitado a convivir, con los límites y pautas, a cuidar y respetar a los otros, empezando por los padres y hermanos.

Pero, además, son el ejemplo y las enseñanzas de personas importantes en nuestras vidas; son las referencias que quedaron en el fondo de nuestra mente: cuentos, relatos, imágenes, hechos y sobre todo prácticas, costumbres, rituales; también fiestas y momentos agradables de encuentro familiar

y grupal. La presencia de personas con las que nos identificamos, admiramos.

Ahora bien, hemos visto algo de lo que significa la práctica adictiva para los que la padecen o para los jóvenes en general. Ellos se re-presentan (en el sentido de volverse a presentar a sí mismos) un mundo de sensaciones y salidas que obtendrían en tales objetos adictivos.

El recurrir a estas re-presentaciones nos cuestiona acerca de si han tenido otra presentación, la que nos humaniza verdaderamente. Porque, entre otras cosas, resulta que vivimos una crisis de representación: el dinero no representa lo que dicen las monedas; no nos sentimos representados por los dirigentes; los discursos falsean sus enunciados ("nunca quise decir eso que dije"); el Estado es figurado como un espacio oportunista de la construcción del poder (¡muy lejos de las fantasías hegelianas y totalitarias!); los símbolos diluyen su significado, sobre todo porque no los hemos transmitido o renovado en su potencialidad expresiva.

«El lugar que les propongo es el de asumir nuestra adultez. Ser adultos que com-prehenden, porque lo propio del adulto es abarcar e invitar, marchar hacia adelante, sostener el rumbo.»

¿Qué siente un niño o joven frente a un acto o símbolo patrio por ejemplo? Y si seguimos un poco más: ¿no hay como contrapartida una sed de pertenencia e identificación simbólica en las tribus urbanas, los tatuajes e incrustaciones, casi de estoicismo religioso? ¿No tienen muchas de las prácticas adictivas rituales

personales o grupales? ¿No se habla de "cultura cannábica" como si se tratara de una práctica pseudo religiosa de unión con la naturaleza o algo por el estilo? ¿No han estado ligadas a una lectura del mundo filosófico oriental o a cultos esotéricos muchas de las modas de consumo de estupefacientes?

Mutatis mutandi, con los remedos del caso, ¿qué son los exclusivos "clubes del vino" sino una vulgar caricatura del culto a Baco? Algo de la presentación de las referencias simbólicas, culturales y míticas se nos ha perdido y diluido. No hay lectura de cuentos, no les contamos la vida a los chicos, ni historias de héroes ni santos.

No podemos re-presentarnos, sino nos presentan lo previo, lo que estaba antes, lo que a mí como adulto me ha traído hasta aquí. Los ideales y los mitos (en sentido amplio) que son fundamento y parámetro. El ser humano reclama lo simbólico.

Los padres *presentan* la vida y el valor de la persona (antecedente de la llamada autoestima) cuando miran y sonríen al niño, lo cuidan del entorno agresivo o sobreestimulante; le procuran los cuidados y el contacto que liga y vitaliza, están atentos a sus llamados, expresiones y preguntas. No mezclan su mundo emocional y sexual adulto con el de sus niños y adolescentes, ni los ponen en el medio como compensación afectiva; se cuestionan las emociones y recuerdos que sus hijos les devuelven y conmocionan o inquietan.

Los docentes *presentan* cuando muestran su pasión y seriedad, su atención al marco del encuentro educativo; cuando atienden a la evolución del alumno y mantienen la flecha del objetivo a trabajar.

Presentar la vida es presentarse

Nos guste o no, somos vehículo de la vida, y nadie se autoengendra ni crea de cero, a menos que fuere una divinidad del Olimpo...

En las rendijas de esa ausencia, las adicciones se ofrecen para suturar el vacío insoportable. Cuando sentimos que no estamos en los momentos clave en que el niño y adolescente necesita de nosotros, vamos sintiendo la culpa, que en un círculo vicioso, buscamos tapar con objetos o permisos, implícitos o explícitos (hacerse el distraído, por ejemplo) ante situaciones en las que sentimos que no tomamos una postura, o los recaudos necesarios, o no ponemos límites o no son claros.

«Necesitamos aprender a representarnos en nuestro interior, las referencias simbólicas que nos orientan, que nos dan un horizonte, que nos permiten afirmarnos para caminar.»

Todo se paga con un viaje, un regalo, una entrada a... o lo que cada uno pueda, entrando en un intercambio que reemplaza la palabra y el gesto de la actitud. Ese intercambio empieza a ser el vínculo, ante los momentos importantes de decisiones, en el tire y afloje. Allí lo que empieza a pesar es "qué voy a dar a cambio de".

Pero frente a las adicciones en sí mismas, sentimos además y manifestamos, que hay un Estado en gran manera ausente (como lo han dicho la Iglesia y la Corte Suprema de la Nación). Es decir un Estado que no se presenta y no presenta las continuidades políticas de un proyecto que trascienda

una administración, además de ausencia de respuestas ad hoc. (De hecho, frente a las adicciones, además de las complicidades, hay total desconcierto, y los pocos acuerdos amplios y coherentes duermen en los cajones ministeriales o legislativos).

Digamos que la salud pública *no es presentada* como un bien a cuidar, estimular, etc. sino que queda relativizada con las ambigüedades e intereses. No solo en los niveles de decisión política, sino en los mensajes sociales.

Frente a la impotencia de la que hablábamos al referirnos a las prácticas adictivas, algunos llegan a querer adoptar una actitud pragmática e higiénica. Discusiones de drogas blandas y duras, consumo problemático y no problemático, venta o autoprovisión, reducción de daños o total abstinencia, etc.

Discusiones que tienen su lugar, pero no sin el planteo de horizonte previo: ¿defendemos la vida o deslizamos el supuesto derecho a la autodestrucción? ¿En qué sí y en qué no? Por tanto, ¿es sólida la búsqueda de la salud pública? ¿Podríamos consumir drogas pero exigir que la salud pública nos atienda por las consecuencias físicas y psíquicas que nos producen?

Esta es una contradicción fruto de la ambigüedad de adultos que no se definen, que no tienen algo sólido para presentar coherentemente. ¿Cómo presentar la vida y su valor, si en los hechos es relativo su cuidado?

"Podés destruirte pero hacelo higiénicamente... drógate con las indicaciones previas, que afuera del recital te espera el servicio de urgencia por las dudas... Eso sí, no contagies a otros desde lo físico, pero podés destruirlos afectiva y psíquicamente... Tengo derecho a consumir, que me da el derecho a que me atiendan por sus consecuencias, y que seguiré con el derecho a que me entierren con velorio pago".

Curiosamente, dicho sea de paso, a pesar de seguir psicologizándolo todo, somos totalmente negados para ver los daños psicológicos y psiquiátricos que producen las toxicomanías: pérdidas de atención, reducciones del tiempo-reflejo, alteración del sentido de la realidad y alucinaciones, depresiones severas, problemas de confusión, peligros de la desatención y el atraso o rigidez cognitiva y de interpretación, alteraciones neurológicas que favorecen el desarrollo de tendencias esquizoideas o esquizofrénicas, y otras. Esto sin entrar en las consecuencias físicas de muchas prácticas adictivas.

La gran pregunta ausente

Ya sabemos que la exigencia de derechos para los caprichos, sin asumir responsabilidades, es estancamiento en lo más primario de la niñez y que termina agobiando a la sociedad, devorándola o devorándose a sí misma, como las madres agobiadas de hacer y cubrir en todo a sus hijos, incuestionados, sin límites.

Pero, además, no cuestionamos acerca del sentido que tiene para la persona dicha práctica: *¿qué es lo que no puede resolver o se siente imposibilitado de vivir para necesitar tales "muletas" existenciales?*

Esta pregunta frecuentemente silenciada, negada, no dirige nuestras acciones y políticas, no articula la visión de cómo enfrentar o prevenir las adicciones. Y en nuestras familias aparece silenciosamente, como avergonzándonos, porque tememos, en el fondo, que esas causas tengan que ver con nosotros mismos. Nos interroga acerca de la ausencia, lo a-dicto, no dicho, lo no presentado.

Quizás las personas afectadas enfrentarán esta pregunta a sus tiempos, modos y con otros (profesionales o no) que medien y ayuden. Pero todos tendremos que afrontarla para prevenir hacia adelante o para reposicionarnos frente al que sufre.

Tengo que comprenderme en esta imposibilidad para comprender al que está más afectado y así no ayudar mal, o para ofrecer a los que tienen otra manera de gustar la vida y afrontar las dificultades.

Comprenderse porque la pregunta no nos surge cuando algo de la vida no es sentida como lo que quiero presentar, un regalo sumamente valioso que paso a otros y procuro que lo puedan llevar a cabo desde la misma interioridad con que la siento. ¿Qué ha pasado en nosotros, los que accedemos a la adultez para que esta presentación no sea un importante cometido? ¿Algo que no hemos vivenciado? ¿Una guerra interna con lo que nos han transmitido?

Sentirnos valiosos porque se nos ha confiado el don de la vida, sentirnos transmitidos para transmitir. La segunda tarea es la *transmisión*.

El mundo no comienza con nosotros, ni con esos dioses-reyes que muchos padres parecen fantasear en sus hijos. Sino que somos parte de una historia, una especie, un tronco fami-

liar, sobre el cual vamos armando nuestras identidades y proyectos. Cuando los chicos nos miran y escuchan, confían en que algo vamos a darles, y es así.

Hoy tenemos una fuerte crisis de confianza en nosotros mismos a la hora de transmitir lo que pensamos, queremos, pero sobre todo lo que vemos como mejor para ellos, prescindientemente de nuestros anhelos, que sería una buena plataforma para escuchar qué quieren ellos. Nos miran para conocer el rumbo, el que vivimos nosotros, para así ellos confiar en que pueden encontrarlo. Somos transmisores de lo que el mundo, la cultura, el medio dicen y hacen. Somos los mediadores de que esos mensajes y realidades sean más digeribles a distintas edades.

Crear que los chicos y jóvenes son tablas rasas, brillantes en su sensibilidad e inteligencia es una manera de lavarnos las manos, frente a una realidad que exige, como hemos recalado, presencia, y presencia activa. Plantear nuestros marcos y horizontes, pobres quizás, pero indicativos. Sentirse perteneciente a una religión, una cultura, un país, no asegura ningún paraíso, pero da un marco, un horizonte, una plataforma a través de la cual vamos construyendo.

¿No será -a propósito de construir- el uso abusivo de los conceptos constructivistas, casi fetichistas diría, una manera de no asumir nuestro lugar de transmisión y sus implicancias en cuanto al lugar de autoridad que eso implica?



"Presentarse, transmitir y sostener, tres términos posibles para enmarcar el lugar del adulto", señaló Cervera, sj

Los valores por ejemplo, ¿se construyen, o se encuentran, se reconocen? Se puede construir caminos de vivir la honestidad, la sinceridad, pero la humanidad siempre apreció la sinceridad y cuestionó su carencia, la mentira y la manipulación. Inventar la pólvora ya inventada es una absurda excusa de la pereza que no quiere jugarse ni ser vista.

"¡Ellos van a elegir!", sí claro pero con qué parámetros y ejemplos; esto parece no ser una tarea importante. Después nos llenaremos la boca diciendo que lo "más importante es que sea una buena persona", ¡pero no ayudamos a construirla!

Ahí los adultos nos volvemos pasivos, dubitativos y temerosos. "No, no hay que imponer", que no seamos acusados de autoritarios. Y así lograremos que nuestros hijos se tengan que encontrar con las autoridades civiles para chocarse con los límites, perderán tiempo con los conflictos de una inmadurez patológica cuando tengan que ser adultos.

La misma raíz la tiene la presunta fascinación por la vitalidad de los adolescentes y la simpatía de los niños. *"Mi hijo es un divino...". "¡Es tan sensible!". "No tiene un buen grupo... no lo valoran... le tienen envidia". "En la escuela no desarrollan sus talentos..."*.

Es más fácil entretenerse con ellos que ocuparse de la dura lucha interna que manifiestan cuando nos piden límites e intervención. Puedo tener hijos y darles todo, hasta ocuparme de muchas cosas vitales y necesarias, pero *"no me molesten con eso de enseñarles y ser ejemplo; cada uno hace su vida. Bastante tengo que sacrificarme para conseguir las cosas que necesitamos..."*. *"De esas otras (la educación, la religión, etc.) se ocupa mi señora"*.

Resulta, por ejemplo, que dejar de ir al colegio es muchas veces un premio, carta de negociación, lo importante es que yo que estoy a cargo, no me sienta presionado. Lo demás es todo negociable (ni hablar de las obligaciones religiosas, éticas, de respeto y uso de lo público...). El Estado, los docentes y otros hacen lo mismo cuando sus intereses y conflictos son priorizados a la labor de educar o de invertir para hacerlo.

«Sentirnos valiosos porque se nos ha confiado el don de la vida, sentirnos transmitidos para transmitir.»

La misma persona que defiende a sus hijos de cuanto observación o corrección les hagan en el colegio, es la que en su función o servicio público, su tarea docente, etc. va a vivir interfiriendo lo que se brinda a los demás, o usándolos para resolver sus conflictos laborales, gremiales o económicos.

La coherencia es un trabajoso cultivo que hacemos para crecer y ser, con alcances modestos a veces porque tenemos presiones, pero es la señal de que estamos convencidos de lo que vivimos. Ellos, los niños y jóvenes ven y se dan cuenta, sin duda.

La contrapartida desde ellos va en la misma dirección: la escuela al ser algo intercambiable y discutible se transforma

en una rutina formal, aburrida, encima, porque al no tener valor social y familiar cae en la sombra de las cosas que "hay que hacer" y pierde potencialidad de creatividad y resolución de planteos o proyectos. El sistema escolar lo confirma con su, a su vez, rutinaria mediocridad, y su suma de actividades transversales que les llueve desde las autoridades públicas "como si nos estuviéramos ocupando de la vida".

Poco a poco, todo va confluyendo para que lo divertido, vital quede del lado exclusivista de las prácticas y lugares de supuesto placer y pasarla bien. Allí está la sociedad de consumo alerta a sus potenciales clientes.

Pero la transmisión no supone solamente vivir ciertos valores, todos los vivimos en distinta medida y variaciones, sino remarcarlos con la actitud en el momento de hacerlo: el límite, la advertencia una y otra vez, el explicar el sentido de lo que se hace, practicar al menos aquello que tanto decimos apreciar para nosotros y los demás. Con la presencia, como dijimos, en el momento de marcarlos.

Las resistencias que sentimos a hacerlo, los olvidos o descuidos, el "tener tantas cosas en la cabeza que..." hablan de cuánto nos cuesta priorizar a aquellos que supuestamente amamos. Preocuparnos con el dinero que no alcanza (y depende para qué quiero tanto dinero, ¿no?), con lo laboral, con las demandas de amigos y familia de origen, o del grupo de referencia al que se pertenece... ¿Qué es lo prioritario y hacia dónde?

Ocuparnos y perder el tiempo con la persona que amamos, con la vida que crece al lado nuestro, no solo biológicamente, sino espiritualmente, es una de las maravillas que nos dan gusto más allá de todo.

Temor a ser adultos

Estos temores o fascinaciones nos hacen perder ese instante fundamental, oportuno de transmitir, de contar, decíamos, la historia, la salida propia a las dificultades, por ejemplo, ya vividas. *"No te preocupes, esto ya lo hemos vivido, o lo han vivido otros"*. Es el mensaje de esperanza que reclamábamos párrafos arriba, aunque tal salida sea más incierta que clara; mi tarea adulta es abrir puertas de esperanza, "mantener el fuego". El otro encontrará sus caminos y a su tiempo.

Hay rutas. Nadie puede recorrer todo el territorio sin ton ni son, se termina agobiado, frustrado. Si no nos queda otra que inventar permanentemente caminos... Pues, adivinen, estamos empujando a nuestros niños y jóvenes a recorrer el territorio de la vida como si no hubiera rutas; pierden el tiempo construyendo lo ya recorrido, y cuando quieran construir sus propios caminos y atajos, o será tarde (pensemos en cuántos adolescentes tardíos de entre 30 y 40 años hay hoy angustiados y deprimidos ante los desafíos normales de la vida), o vivirán vidas paralelas hasta que estallen, por ejemplo, con las prácticas adictivas.

A los adultos nos da vergüenza transmitir lo que hemos recibido, porque parece que tenemos que superar a nuestros padres y maestros; tenemos que poder demostrar que llegamos más allá que ellos, y nos terminamos esterilizando y bloqueando. Nos da miedo compartir y mostrar nuestro recorrido; la vitalidad juvenil y la chispa de los niños sobre estimulados nos amedrentan. Nos admiramos de ellos, nos fascinan. En términos psicoanalíticos, nos identificamos con ellos, y no al revés.

Del lado de lo materno, muchas mujeres están empeñadas en no reproducir moldes de sus madres a las que ven demasiado atadas y conformes con su lugar -que fantasean verlas como "tradicional"- o masoquistas porque se aguantan todo de esos "maridos desconsiderados" que tuvieron, que suele ser papá (aunque no siempre) o, por el contrario, modernas desaprensivas... con ellas.

Y ellas no quieren volver a eso. Por "no querer volver a eso", por gastar tiempo interior en evitarlo, terminan sobreprotegiendo para que no se les escape detalle -pero en realidad no están conectadas con ese ser humano de nombre y apellido que es su hijo- o viven preocupadas por sus temas no resueltos, pendientes... porque al ser mujer, esposa y madre "me abandoné a mí misma"..., como si esos roles no tuvieran que ver con sí misma...

Es así que hay una desorientación en el cómo ser verdadero apoyo para sus hijos, tienen su lucha interna de competencia, y la mirada atenta hacia sus hijos o alumnos, u otros termina siendo fragmentada.

Encima, hay que ocuparse, por otra parte, de mantener esa figuración de lo que significa ser mujer hoy: libre y reivindi-

cada, pero siempre objeto de atracción erótica y de diva (como las eternas divas "que no envejecen" a base de operaciones); estudiosas y brillantes, profesionales y comprometidas, para convencer de que tienen que ser reconocidas ante las menores oportunidades laborales; pero también madres y esposas dedicadas a los caprichos de los que sienten que deben quererlas.

«A los adultos nos da vergüenza transmitir lo que hemos recibido, porque parece que tenemos que superar a nuestros padres y maestros (...) y nos terminamos bloqueando.»

Los papás, a quienes tanto les cuesta ocupar su lugar en esta sociedad que devalúa lo masculino, que da pocas oportunidades laborales, sienten que no pueden ganar la batalla contra los propios padres a quienes consideraban en su juventud, retardados, poco piolas, pero que se mantuvieron en lo suyo, o en su lugar de padres o en lo laboral y económico. Muchos han sufrido las distancias emocionales de padres demasiado metidos en el trabajo, en la política, en el fútbol o con otras mujeres, o alcohólicos. Otros incluso violencia y abusos. Quedando la identidad con lo paterno, e incluso con lo viril, bastante diletante. Y ellos no querían volver a eso.

En su lucha interior contra esas vivencias, se sienten menos o incapaces frente a hijos tan sobreestimulados, que le devuelven lo que ellos querían sentir con sus propios padres. No vencieron sus conflictos y ya están del otro lado, del que criticaban o resistían.

Es así que no pueden poner los límites, porque se pasaron la vida protestando contra ellos (los límites), y proclamando nuevas épocas de heroísmo transformador de costumbres y sociedades. *"No voy a hacer con vos lo que mi padre hacía conmigo". "No quiero que les falte lo que a mí me faltó".*

Ahora se ven reflejados en sus hijos, y la desatención que juraron no repetir la repiten aumentada. La excusan diciendo que *"mis hijos son muy maduros"*. Son padres casi hermanitos o compañeros de banco, muchachos de la esquina del barrio.

Muchos tratan de mantenerse jóvenes y atléticos; otros en sus modos, vestimenta y costumbres, buscan estar a la "altura de los tiempos" no por adaptación, sino para escapar de ese lugar de *"iche viejo!"*. Se preguntan a menudo, *"¿cómo haré para vivir tales o cuales pérdidas... cambios... transformaciones?"*.

La perspectiva de la vejez es alejada silenciosamente, y como contrapartida, los jóvenes viven a los saltos, nada de permanencias: viajes, cambios laborales; no importa si no hay aportes jubilatorios, ¿a quién se le ocurre que va a envejecer? Después de todo, el Estado desprecia a los viejos, no tienen lugar social, ni para vivir, a menos que se ocupen sus hijos.

Sigamos con las adivinanzas: ¿cómo se calma esta sensación de que solo la vitalidad de juventud es rescatable y asegura un lugar en el mundo?

Mientras perdemos tiempo interior en nuestras luchas emocionales, trasladadas además al cónyuge o a la pareja con la que se está criando a esos hijos, ellos crecen y toman lo que la sociedad les da por elevación a nuestra no transmisión o ausencia. En distintas crisis, ensayamos modalidades adolescentes de resolver: "tengo que darme una nueva oportunidad"..., esa que no me di a los 20 o a los 15, y nos volvemos amiguitos cómplices, "muy comprensivos" con los chicos.

«Nada nos da más confianza de verdadera contundencia en lo que hacemos como la continuidad, es decir, el sostenimiento de lo que proyectamos y queremos.»

Muchos, por el contrario, pero con similares efectos, se refugian en el modelo tradicional paternalista para no enfrentar o cuestionar a padres "tan sacrificados y firmes en sus creencias". En el medio de estos extremos, una gran mayoría, quizás, no sabe "cuándo exigir y cuándo aflojar"

Las generaciones de adultos jóvenes y otras un poco mayores nos compramos la gran estafa de que íbamos a cambiar el mundo, prescindiendo o eliminando lo anterior, como si el mundo recién comenzara. Es el viejo mito prometeico que se repite: robar el fuego de la primacía de los dioses para sentirnos protagonistas -otro eslogan publicitario-, ganadores.

Tenemos que preguntarnos si no nos dejamos llevar por un oculto y vergonzante resentimiento hacia la adultez, al tener que ocupar el lugar de nuestros padres -a los que encima hay que cuidar como hijos ahora que están más desvalidos-.

El producto del resentimiento de los adultos es el cinismo de los jóvenes a todo nivel: desprecian, porque desconfían de lo adulto tan devaluado. Reforzamos tales sentimientos, poniendo lo juvenil en la vidriera de que "ellos harán un cambio".

Por eso, más que brecha generacional, hay ruptura generacional y de transmisión. Transmisión creativa como lo

fue siempre, y ahora tiende a bloquearse y ser arrebatada por la sociedad de consumo, que marca los valores y las pautas.

La cerveza es "la verdad" o el "sabor del encuentro"; el fernet es un símbolo identitario; el chocolatín desde hace años enamora las parejitas y trae alegría; el vino reúne la familia; los desodorantes son afrodisíacos irresistibles; las *tablets* y computadoras nos hacen sentir en el cyber espacio, y la lista es interminable.

¿No son acaso propuestas casi delirantes? ¿Es esa nuestra experiencia vital? ¿O será que no tenemos experiencias íntimas verdaderamente plenificantes, y las tenemos que simbolizar con un producto sacado del imaginario publicitario-comercial y no de la simbólica cultural? Productos que cubren necesidades o meros gustos ocasionales y parciales terminan siendo objetos totalitarios. ¡Bienvenidos al mundo de las adicciones!

La transmisión, por último, es también transmisión del propio proceso de pensamiento, no solo crítico frente a estas neoideologías totalitarias, sino de las propias salidas y respuestas que, fallidas o no, son las que animan a las generaciones que nos siguen a hacer el mismo esfuerzo de libertad. Son el mapa de rutas ya recorrido.

La tercer tarea es el *sostenimiento*, término poco poético pero práctico a nuestros efectos.

En tales encrucijadas y desafíos - y otros que sería cansador para todos describir- nada nos da más confianza de verdadera contundencia en lo que hacemos como la continuidad, es decir, el sostenimiento de lo que proyectamos y queremos. La discontinuidad, junto a la incoherencia, es uno de los males socio-culturales de nuestra vida cívica argentina, y en casi todos los ámbitos.

Desde el comienzo de la vida, todo sujeto humano necesita la constancia de la presencia, la transmisión -de afectos, modos, pautas, gestos, etc.-, con los matices, momentos y variantes que hagan falta para estructurarse en su mundo interior. Todo proceso educativo y/o reconstructivo o reparador, necesita constancia, sostenimiento.

Cuando las personalidades no tienen tal sostén comienzan a fluctuar, desconfiar, prueban con extremos. Los cognitivos

y otros, lo suelen llamar el "pensamiento adictivo", porque el mismo tiene esas características, entre otras.

El sostenimiento solo se da cuando hay un compromiso espiritual, con las propias creencias o ideales, la fe religiosa o de otro tipo. Es la cuota de locura necesaria y normal -valga la paradoja- para que la humanidad se humanice y no sucumba a su pereza de ser, la mera inclinación de sus tendencias, que más que naturales -lo cual es muy bueno- son egoístas y llenas de fantasmagórica grandiosidad.

El trabajo de limitar tales tendencias es ineludible y muy trabajoso para todos, pero es básico para ayudar a los que nos siguen y miran, a hacerlo, porque una buena cantidad de esas propias tendencias pueden destruirlo en sus pantanosas pretensiones ilusorias. ¿Hace falta decir que también de esto se nutren las adicciones?

Por eso, los límites, la ley nos resultan -para sostenerlos- un incordio. Gastamos mucho tiempo peleándonos contra las imposiciones, o lo que creemos ser tales, pero además contra cualquier norma o límite. ¡Cuánto más si hay que hacerlo para los que nos siguen! ¡Los cuales pulsean con la poderosa arma del cariño o aprecio, según los casos, que les sentimos!

En las prácticas adictivas y en otras vividas adictivamente, la pelea, el forcejeo, pero, sobre todo, la negociación como forma de degradar la ley son constantes. Desde los permisos con los padres y docentes, hasta el tire y afloje con jueces y policías. La "tranza" es el término que mejor ilustra el modo de vincularse y manejarse con la realidad que tiene alguien afectado por esta forma de sobrevivir.

Las discusiones sobre la legalización, más allá de la fuerza argumental, los tiempos y lugares vienen al dedillo para esta modalidad social encubridora de "zafar". Todo queda reducido a esa discusión, como si el tema pasara por allí en su totalidad, y pasamos al terreno de los manejos patológicos propios de esta enfermedad adictiva.

¡Claro que es un tema clave! Pero no como fruto de la impotencia e inoperancia, del bajar los brazos porque no sabemos qué hacer. O sí se sabe, pero no se hace, no hay voluntad de sostener las acciones constantes que la problemática requiere. Dichos requerimientos se conocen, están seriamente tratados y casi consensuados, pero duermen en los cajones legislativos, -ya que hablábamos de cinismo-. Pero ade-

más, en este país, vivimos la perversión de no cumplir la ley casi como un deporte. ¿De qué nos asombramos cuando se hace la vista gorda frente a los consumos de droga y alcohol de menores o al descontrol en general? Ese mismo resentimiento que vivimos en nuestras vidas emocionales contra la autoridad, la ley, etc. lo realizamos en nuestra vida institucional.

«La necesidad de referentes es tan vital, que el encargado o supervisor de la fábrica puede ser un gran maestro.»

Sostener es lo que permite que lo presentado y transmitido tenga nada menos que la indispensable constancia con que todo cobra consistencia y se hace confiable. Nadie da frutos desde la semilla, sino desde lo crecido. El desafío de ser adultos es poner más placer en dar frutos de verdad, que en las instantáneas de cada época. Las adicciones son las instantáneas que terminan sumergiendo el barco en puertos de cabotaje, y que nos hacen perdernos el gran viaje.

Presentarse, transmitir y sostener, tres términos posibles para enmarcar el lugar del adulto. Quizás correspondería decir simplemente que su lugar es hacer posible el amor que todos los seres humanos anhelamos vivir, y del que desconfían o sienten imposible aquellos que viven estas realidades.

Educación y prevención

¿No es lo educativo, entonces, un ámbito, casi a modo de reducto, hoy en día para efectuar estas propuestas? Sin duda y es lo que nos ha llevado a realizar esta presentación desde esta Facultad.

Pero, entonces, pretendemos que, si a esta labor la llamaremos *prevención*, la educación tiene que partir de y compartir algo de esta mirada anterior, y no seguir con un sujeto modélico que es el niño y la familia del siglo XIX, que parecen seguir siendo supuestos de los profesorados y magisterios.

Lo tratado aquí junto a muchos otros aspectos más son necesarios para conocer algo de la subjetividad con la que todos hoy convivimos y trabajamos.

Se nos pide ciertamente otro posicionamiento, y quizás revalorizar que quien hoy en día, sea cual fuere el lugar de la sociedad y el camino propio laboral o vocacional de desempe-

ño en la vida, si trata con seres humanos, es un poco maestro, sin grandilocuencias... La necesidad de referentes es tan vital, que el encargado o supervisor de la fábrica puede ser un gran maestro -término muy usado en nuestra sociedad cordobesa y argentina, ¿no?-

Docentes hay muchos a pesar de la degradación a los que los sometemos, pero *maestros*...

Sin duda de la tarea educativa formal o informal, podemos describir y señalar algunos tópicos importantes a la hora de pensar la prevención, por ejemplo:

- Que se han ensayado múltiples formas de técnicas, talleres, cursos, campañas de prevención con distintos resultados parciales (ya que en nuestro país, por ejemplo, no existe una política, más allá de los enunciados, al respecto). La prevención es siempre lo más difícil en la salud pública.
- Generalmente se la ha confundido con el *mero informarse*, y sabemos que se puede saber mucho del tema, y los jóvenes están sobreinformados del tema, pero no hay criterios de lectura y análisis de las mismas.
- Otro intento ha sido el del testimonio de quienes se recuperan de una adicción, y esto puede ser de mucha utilidad para quien está afectado y sufre por esta enfermedad, o en situación de abuso, pero se torna riesgoso para quien no está afectado y se le facilita la creencia omnipotente (muy común en la adolescencia) de que *"esto es entonces manejable, si aquel o aquella pudieron salir, porque yo no voy a poder"*, y se transforma en un permiso inconsciente de probar o seguir probando.
- Hoy, por lo general, se apunta a la "toma de conciencia" de los riesgos, y sus factores favorecedores, o de los factores de salud o preventivos. Apuntando a reafirmar la decisión propia de poder decir no cuando una oferta de afuera o de adentro surge.

«El trabajo preventivo nos involucra en cuanto que debe apuntar a una verdadera conversión: del jugar con la muerte al amor a la vida.»

Pero nada de esto es suficiente ni del todo honesto, si no va dirigido y precedido de una *presentación* del gusto y valor de la vida, de una *transmisión* de la experiencia, la cultura y el pensamiento, y de un *sostenimiento* de las reglas, horizontes que nos atraen y contienen en la aventura de vivir.

Nos quedarían además otros desafíos para la pedagogía muy ligados a las tendencias proactivas y factores de riesgo, algunos de los cuales se desprenden de lo visto:

- La confusión para la identidad que la instantaneidad de la imagen y la presión de la mirada (Gran hermano, Facebook, el exhibicionismo social histórico) producen en la conformación de la identidad; el saltar los procesos: el todo ya ansiógeno. Una representación sobre la realidad que va abandonando el estímulo imaginario individual que provocan la distancia de la lectura, el relato, la leyenda, el cuento, para canalizarlo a través de un empobrecimiento del imaginario en la virtualidad y la televisión. Desafíos traen en la vida adolescente el abrumador polimorfismo de identificaciones sexuales, muchas no lejanas a lo incestuoso y la no jerarquización generacional.
- El pseudorealismo y la confusión entre lo público, lo privado y lo íntimo. El subjetivismo autorreferente y la fragmentación social. Los pseudo valores sin orden ni transmisión; la búsqueda de la comunicación íntima a través de la música como experiencia fusional primigenia, aturdidora, más que como sublimación estética.
- Se dan en todo caso, lecturas globales ya elaboradas, que reducen lo analítico (¿sujetos disléxicos?)
- La violencia televisiva y el morbo son "lo real", donde prevalece el más fuerte y el exhibicionismo informativo es macabro y la publicidad crea la necesidad del tener, como necesidad imperiosa.
- Pero estos desafíos y otros que ustedes podrán encontrar no suprimen aquellos que son más permanentes, más allá de los cambios e influencias sociales.

Me refiero a lo que los niños y jóvenes son: aspirantes a la amistad, la vida intensa, la independencia, la solidaridad y la creatividad. Y son y serán nuestros aliados en la construcción de un camino de crecimiento, si tenemos propuestas y actitudes claras.

Sin negar toda propuesta específica, ni herramienta, pienso que el trabajo preventivo nos involucra en cuanto que debe apuntar a una verdadera conversión: *del jugar con la muerte, al amor a la vida.*

Nos toca a todos, estemos o no en la enfermedad, o coqueteando con ella. Porque en esta sociedad de pobreza cultu-

ral, donde las fuerzas se centran en la competencia, el rendimiento, el tener y el hacer para adquirir seguridad o placer y un lugar frente a los demás, la vida común se torna aburrida. Los valores son puro discurso, los vínculos son un "toco y me voy".

Son muestras de la "cultura de la muerte" al decir de Juan Pablo II, de la chatura del sobrevivir, cuando estamos hechos para la plenitud. "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn. 10,10). Si no tendemos a la plenitud, somos como el agua que se estanca, no permanece, sino que se pudre.

Solo la fuerza de la vida que para los seres humanos es el espíritu nos saca de esta chatura agobiante. Crecer a sus tiempos, compartir, aprender con humildad, dejarse maravillar, vivir el dolor y la derrota con sabiduría, disfrutar y manifestar los sentimientos, el cariño, el cuidado y acompañamiento del otro o los otros. Vivir de los grandes principios, de la belleza y de lo superior, confiar y entregarse a Dios. No son temas comunes en nuestra convivencia y diario vivir. Deberían estar en la educación, pero no lo están, o están arrinconados, casi avergonzados de que se hable de ellos. Ya lo dice un documento de la Iglesia, si hay que hacer prevención es porque la educación ha fallado (Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud, 2010).

Tenemos por ejemplo en nuestra Iglesia el tesoro de una espiritualidad "poco visitada" en la vida de los cristianos, con signos que nos acercan a un sentido trascendente para los grandes temas de la vida. El testimonio guía de los que apostaron a la plenitud (santos), y la oración y la meditación que pueden incrementar una vida interior que "guste la vida".

Ser adultos y maestros, una tarea mediadora, entre lo que hay que transmitir desde la presencia, y que con constancia sostiene su pasión de brindarse. Que no pretende ir más allá de su marco modesto de trabajo, tan modesto y limitado como todos los enmarques de la vida en que funcionamos, pero que fluida, puede proporcionar esa corriente medida de vida, que es un encuentro educativo.

Algo que cuestione, que deje deseando y pensando -que es casi lo mismo- es ya "sanador", quita toda evasión y agobio, al menos por un momento, pero también da herramientas para vivir: sentir y pensar, nada menos, y poder concretarlo en esas labores de acción que ensayan resoluciones, que son las tareas escolares, entre otras.

Prevenir, es, en todo caso, como adultos, no abandonar ni amedrentarse frente al desconcierto, ni ser pasivos frente a la mentalidad dominante. Mantener el talante de ese lugar irremplazable que ocupamos en los que nos siguen, a pesar de nuestros defectos y limitaciones.

Referencias bibliográficas

Anatrella, T. (1998). *La diferencia prohibida*. París: Flammarion.

Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud (2010). *Iglesia, droga y toxicomanía. Manual para la pastoral*. Buenos Aires: Agape.